

De todo, como en las buenas épocas

Armando Puente, corresponsal de Panorama en Madrid, y un locutor de televisión, fueron los dos únicos representantes de medios informativos de la Argentina que viajaron en el charter que trajo a Perón. Lo que sigue es un informe de Puente, redactado en Buenos Aires el lunes 20.

Lo vieron entrar en la cabina y despedirse con un abrazo de Giancarlo Elia Valori, su anfitrión en Roma. Cuando los motores se pusieron en marcha y el avión comenzó a rodar por la pista de Fiumicino, la azafata corrió la cortina. No volvería a dejar ver el interior del recinto sagrado en el momento en que el comandante de la nave, capitán Frappi, anunció por el micrófono: "Señor general y señora, en estos momentos entramos en el espacio aéreo argentino" y todos comenzaron a cantar el Himno Nacional.

Durante las 14 horas y media de vuelo pocos tuvieron acceso al sancta sanctorum: Vicente Solano Lima, Cafiero, Matera, Taiana, Lorenzo Miguel, los seis miembros de la Juventud encargados de su custodia y los diez periodistas seleccionados, entre ellos dos únicos representantes de los medios argentinos. En ese tiempo Perón no salió a saludar individualmente a los que habían recorrido 15.000 kilómetros para ir a buscarlo; ni siquiera se asomó a la entrada del compartimiento de la clase turística donde viajaban. Evitó al doctor Cámpora y a López Rega para que lo representaran en ese gesto cortés. Había decidido reservarse por entero "para su pueblo". Porque Perón es capaz de darlo o delegarlo todo menos su gloria. Lo mismo que en otros tiempos, cuando dialogaba desde el balcón de la Plaza de Mayo, no permite que exista ningún intermediario entre él y la masa. Evita no fue la excepción, fue la intercesora. Por eso el sábado, cuando se asomó a la ventana de su nueva casa, en Vicente López, y gritó con voz ahogada "compañeros", fue el instante en que reasumió la plenitud de sus poderes después de 17 años de exilio. Las mistificaciones de los representantes y los portavoces se derrumbaron. La leyenda de un anciano cercano y mediatizado se esfumó.

No fue fruto del azar ni de la improvisación. "Me propongo llegar al país y entrar en contacto con el pueblo", dijo al enviado especial de Panorama cuando el avión de Alitalia sobrevolaba Uruguay. "Luego nos pondremos todos a trabajar para encontrar una fórmula de convivencia y poner en marcha el país que está parado. Será preciso un año de sacrificios, pero en seguida se verán los frutos". Ahí estaba su programa.

Cuando los 130 de la marcha criolla sobre Roma llegaron a Fiumicino no pudo ir a recibirlos. Pero tampoco



PERÓN EN EL CHARTER
Un año de sacrificios

mandó a Isabelita o a López Rega, sino al ubicuo Valori. Es que estaba en el papel de estadista y no en el de jefe de un partido. La víspera había mantenido una entrevista de una hora con el presidente del consejo de ministros, Giulio Andreotti, y en aquellos momentos llevaba más de una hora reunido en su apartamento del tercer piso del Palazzo de Velabro, con monseñor Agostino Cassaroli, secretario del consejo para los Asuntos Públicos de la Iglesia. En ambos casos se destacó que los contactos tenían "carácter privado", algo obvio, puesto que el carácter oficial sólo se da a aquellas entrevistas con jefes de gobierno o personalidades que desempeñan cargos públicos.

LA ESCALADA. La discreta salida de Madrid, donde ha residido durante los últimos 13 años, y la etapa en Roma formaban parte de una estudiada escalada, para provocar en la Argentina la máxima expectación. Durante las semanas que la precedieron se especuló con que el operativo tendría como etapas Panamá, Lima o Asunción, precisamente con el mismo objeto. Sin embargo, al elegir la etapa romana Perón no sólo alcanzó una mayor resonancia internacional que la que habría tenido la variante sudamericana, sino que con ello contribuyó a fortalecer la imagen que se ha creado en los últimos meses de que poderosos intereses financieros de la pletórica Europa del Mercado Común lo respaldan. Al mismo tiempo encontró un eco, entre sorprendido y sorprendente, como no había tenido en la prensa del Viejo Mundo ninguna personalidad argentina en los últimos años. Habría que remontarse al viaje de Arturo Frondizi cuando era presidente para hallar algo parecido.

La comisión que había ido a buscarlo sirvió también a objetivos precisos: la belleza de Marilina Ross y Chunchuna Villafañe para ilustrar los diarios populares europeos; los doctores Matera y Taiana y los economistas Gómez Morales y Cafiero, que fueron recibidos por eminentes colegas italianos, para darle un respaldo científico. Estos y otros nombres de intelectuales y



MARILINA, MUGICA, CHUNCHUNA, DUHALDE
Roma: La comitiva quiere informarse

escritores, hombres de negocios, terratenientes y sacerdotes, sirvieron también para forjar una nueva imagen de Perón. El viejo cliché del líder de los descamisados no le sirve para la Argentina de 1972; Perón aspira a presentarse como un estadista que pone su experiencia al servicio de un proyecto de país válido para las próximas décadas. Para esa imagen no le sirven los que fueron sus colaboradores en la última etapa de su gobierno, sino aquellos otros de la primera hora, procedentes de la clase media, muchos de ellos de ilustres apellidos o de origen católico. Dentro de ese esquema, la designación del joven abogado Juan Manuel Abal Medina (ex secretario de Azul y Blanco), tiene un significado preciso. Si por una parte su apellido es un símbolo para la juventud, su formación intelectual, su ideología y su disciplina pretenden ser una garantía de que el Perón de las próximas semanas no va a embarcarse en aventuras. Por el contrario, lo que quiere con todo ello es ganar a la clase media, partiendo de la base de que la obrera le es ya incondicional. Por eso mismo, cuando el charter se aproximaba a Buenos Aires, ordenó a sus acompañantes que al tomar tierra sólo cantaran el Himno Nacional "y ninguna otra marcha".

Por eso también no sería extraño que, dentro de unos días, cuando deje de dialogar con los suyos desde el balcón y hable a la Nación por la radio y la televisión, no se dirigirá ya a los "compañeros", sino a los argentinos.

En la madrugada del viernes, mientras el avión de Alitalia volaba hacia Buenos Aires y los pasajeros quemaban las horas jugando a las cartas o evocando viejos tiempos de prisión o de gloria, una pequeña luz sobre el asiento delantero de la primera clase iluminaba unas carillas mecanografiadas. Perón corregía algunos puntos de su estrategia que horas después, al tocar suelo argentino, pondría en marcha. Una estrategia basada en dos o tres grandes líneas que mantendrá inflexible; el resto —pragmático— lo dejará librado a la improvisación. ♦